



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año IV



27 de junio de 1891



Núm. 191



EL PROFESOR
Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

LAS notables conferencias que sobre asuntos relacionados con el descubrimiento de América se vienen dando en el Ateneo de Madrid, serán quizás, en definitiva, los únicos resultados beneficiosos de la conmemoración de aquel hecho. Gracias á los doctos conferenciantes, entre cuyo número se cuentan personas tan eminentes como D. Juan Facundo Riaño, D. Manuel Antón, D. Francisco Pi y Margall y otros no menos dignos, ha quedado puesta sobre el tapete una cuestión interesantísima para España, abriéndose un vasto campo de estudios que siempre hubieran debido ser una especialidad nuestra.

Ciertamente que nos importa bastante el conocimiento de nuestra historia intelectual, por decirlo así: el estudio de la antigua Roma nos toca de cerca, y, por lo mismo, el de la Grecia, que trasmitió su civilización á Italia, y de igual manera el de la Fenicia, que trasportó á la Hélada la civilización asiria y caldea, y por igual modo el de Egipto, cuna del saber y de las artes, de donde viene todo; pero el estudio de las antigüedades americanas no nos importa menos, ya que nuestros historiadores fueron los primeros en tratar de ellas, ya que nosotros las dimos á conocer, y ya que, al fin y al cabo, son hermanos nuestros, iberos, los actuales pobladores de la América del Sur y buena parte de la del Norte.

Y en verdad os aseguro que pocas materias son tan interesantes, tan amenas, y no vacilo en decir que tan sorprendentes: gobiernos, religiones, ciencias, artes, literatura, usos y costumbres, admiranse por su adelantamiento y por su singular perfección. Quintana hizo un hermoso verso, pero un verso falso al exclamar:

¡Virgen del mundo! ¡América inocente!

tomando *inocente* en el sentido de *salvaje*. Nada menos que eso: por muchos conceptos las monarquías y repúblicas americanas podrían equipararse con las monarquías orientales y las repúblicas fenicias y griegas.

Los grandes focos religiosos, industriales y artísticos de Cundinamarca (Colombia), Anahuac (Méjico), el Cuzco (Perú) y Nicaragua, prestan ocasión á las mayores sorpresas, pues nos encontramos en ellos con una mitología que, á poco más, acaba en el Ayuntamiento de Madrid

monoteísmo; con unas artes (arquitectura, cerámica, tapicería) llegadas al pináculo de la perfección; con unos gobiernos sabiamente organizados; con instituciones parecidísimas á otras del mundo antiguo (las vestales peruanas, los seminarios de nobles de



La niña y la abeja

Méjico, los códigos mercantiles de Cundinamarca); con unas leyes impregnadas de buen sentido; con unas lenguas tan dulces que aun hoy en día la lengua peruana antigua, ó *quichúa*, es allí la lengua de la galantería; y, en una palabra, con cuanto constituye una civilización adelantada, á pesar de no conocerse el uso de las herramientas de hierro ni el empleo de ciertos animales para las necesidades del tráfico. Yo creo á veces que hacen falta en el mundo las antiguas razas americanas, terriblemente mermadas, más aun

Ayuntamiento de Madrid

que por la violencia, por el funestísimo regalo de nuestros abominables alcoholes.

Gracias á este renacimiento de los estudios americanistas, se irán conociendo los libros de nuestros insignes historiadores de Indias, quedando arrinconada la harto famosa historia de Solís, escrita de segunda mano, mientras que probablemente ocuparán el lugar que les corresponde el propio D. Fernando Cortés; el bravo y verídico Bernal Díaz del Castillo, de soldadesco estilo, pero sin igual en la verdad; el buen Gomara, el gran naturalista Gonzalo Fernández de Oviedo, el correctísimo y concienzudo Agustín de Zárate; el sapientísimo Pedro Cieza de León, cuya *Crónica del Perú* es un inapreciable arsenal de datos; el valiente Francisco de Jerez, que escribía sobre el mismo campo de batalla al lado de su señor, el marqués Pizarro; y cien y cien otros, españoles todos, guerreros, magistrados ó religiosos: Fernández de Enciso, el inca Garcilaso, Fray Pedro Simón, Torquemada, el obispo Piedrafita, el jesuita Cobo, etc., etc., gente que escribía *lo que veía*, no lo que decían los empolvados pergaminos de otros siglos, y ¡cosa rara! superiores en mérito literario á todos los historiadores de cosas de la Península.

Ojalá no me equivoque en mis suposiciones y podamos contar dentro algunos años con un buen plantel de americanistas españoles. Todas las naciones brillan en alguna especialidad histórica, ó, por mejor decir, etnográfica: Francia es la tierra de Champollion y de Maspero, egiptólogos; Inglaterra es la tierra de los asiriólogos; Alemania, de los helenistas y hebraizantes; por un singular capricho de la casualidad, Holanda ha dado el más ilustre historiador de los árabes. No sería mucho pedir que monopolizásemos nosotros el *americanismo*, creación nuestra y gloria nuestra de otros siglos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

EL PRIMER CARTAPACIO

Lo recuerdo cual si fuera ayer.

Acabaron los calores caniculares, y al soplar la primera brisa otoñal se abrió de nuevo el colegio, y á él me mandó mi santa madre, más por el ansia de que la dejara unas horas tranquila que movida por el ridículo afán de hacer de mí un niño extraordinario.

Ayuntamiento de Madrid

Estrené aquel día un trajecito de entretiempo y una blusa para defenderlo de las consecuencias de cualquier travesura. La blusa tenía sendos bolsillos, y en ellos llevaba hundidas mis manos, que sujetaban un trompo, algunas balas de brillante cristal, algunos sellos, bramante, dos ó tres prismas que se habían desprendido de una lámpara, y una escopetilla de cazar moscas. Pa-



La araña y la gota

ñuelo, no lo llevaba: me lo había dado mi madre; pero, en mi aturdimiento, según costumbre, me lo dejé en mi casa.

Al llegar al colegio, el criado que me acompañaba llevóse mi sombrero, y tranquilo y alegre entré en la clase.

Allí me encontré con algunos de mis antiguos camaradas y con otros niños que iban por vez primera al colegio de San Luis. Algunos de mis compañeros no habían regresado del campo todavía: otros ¡pobrecillos! habían dejado de existir.

Ayuntamiento de Madrid

Cuando el profesor entró en la clase nos prodigó palabras muy tiernas y sentidas: yo le oía con gran emoción; pero, sin dejar de jugar, mis manos no salían de mis bolsillos, y con uno de mis compañeritos había pactado ya no sé cuántos cambios.

A los pocos instantes el profesor vino hacia mí. No sé por qué, pero al verle rompí á llorar desconsoladamente: temía por mi trompo y por el arsenal sepultado en mis bolsillos.

El profesor me acarició con bondad verdaderamente paternal, en tanto me decía:

—No llores. Pero ¿qué es eso? ¿Crees que voy á ponerte de rodillas? No, hijo, no: voy á acompañarte á ti y á otros niños á otra clase. Sois ya unos hombrécitos: en párvulos estáis de más. Ingresaréis en la primera elemental.

Y así fué, en efecto: en la elemental nos acompañó.

Allí nos dieron una pizarra á cada uno, diciéndonos el nuevo profesor:

—Para que aprendáis á trazar rasgos. En cuanto me hagáis unas letras bien hechas, os entregaré un cartapacio, tintero, pluma, modelos de escritura y cuanto sea menester.

La promesa era, por demás, tentadora: yo le había tenido siempre gran afición á la tinta. Las únicas reprensiones que le debía á mi padre eran porque alguna vez le volcaba el tintero: de ahí que la promesa de mi nuevo profesor me supiese á gloria, me prestase alientos para obrar verdaderos prodigios.

A los pocos días era ya dueño de un cartapacio, de un tintero y de una elegante pluma de marfil. Mi primera preocupación fué tiznarme los dedos, la cara, las manos y la blusa con el negro y delatador líquido. Era preciso dar fe de mis progresos, y para ello no se me alcanzó manifestación tan indicada como bañar mis dedos en el tintero, imprimiendo luego su sello en mi propio rostro.

Aquel día, cuando salí del colegio, iba yo por demás orgulloso y ufano. Cuantos niños me encontraba por la calle me miraban con algo de extraño asombro, que yo juzgaba envidiosa admiración.

Al llegar á casa, la hija de la portera, que se hallaba jugando con otros chicos en el portal,

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó apenas me vió aparecer. —Mira á Luisillo qué cara trae: parece que haya salido de una carbonera. ¡Jesús, qué risa!

Y ella y otros granujillas se echaron á reir.

Sin embargo, á pesar de aquel inesperado fiasco, tuve alma para encararme con ellos y decirles:

—¡Necios! No es carbón: es tinta. ¿No sabéis que ya sé escribir?

—¡Escribir! —replicó la chicuela. —¿Es que escribes, Luisillo, con los mo-fletes?—Y una carcajada más humillante que la primera acogió sus palabras.

Subí desconcertado la escalera, esperándome al entrar en nuestro cuarto
Ayuntamiento de Madrid

más amarga decepción. Mi madre me reprendió con bondadosa severidad, obligándome á lavarme y cambiar de ropa antes de sentarme á la mesa.

Lastimado profundamente en mi amor propio, decidí tomar pronta y segura revancha dedicándome á tiznar mi cartapacio, ya que no podía hacerlo



El niño y el perro

con mi persona. Cuando lo hube terminado, el profesor lo examinó detenidamente, exclamando después de su examen:

—Gran pulso. Puedes entregarlo á tus papás.

Como santa reliquia vengadora de aquella primera ofensa lo llevé á mi casa. Mi madre se hizo cargo de él, regalándome al otro día un juguete que por lo lujoso y moderno era un verdadero primor.

Han trascurrido desde entonces muchos años, y de nuevo el cartapacio ha vuelto á mi poder. Después de la muerte de mis padres, al hacerme cargo de cuanto había en mi casa, lo recogí del secreter donde guardaba mi madre sus



Ayuntamiento de Madrid LA DESPEDIDA



Ayuntamiento de Madrid
TREMENDA SITUACIÓN

halajas. El papel está ya algo amarillento, pero las letras se conservan conforme las tracé: todas guardan sus deliciosas imperfecciones, sus rasgos descuidados y faltos de forma y de pulcritud. En la primera página descuella una *M* enorme, una *M* que arrancó á mi padre una sonora exclamación:

—Mira,—le dijo mostrándola á mi madre;—parece una araña de noche. Es el garabato más delicioso de la colección.

—Araña de noche, trae esperanza,—añadió mi madre. Y ambos se echaron á reir.

Sí: aquella era la hora de la esperanza, y aquella *M* no me desmintió. Hoy, en cambio, la hora de las decepciones á sonado á su vez. Entonces entré á la vida y todo me sonreía: hoy estoy próximo á abandonarla y sólo el recuerdo de tristes y amargos pesares me acompaña.

¡Pobre y querido cuaderno, cuánto me has hecho sufrir! Las lágrimas que tu vista me ha arrancado abrasan todavía mis mejillas, y es que tú me hablas de mi infancia tranquila y sosegada, de mis felices y ya lejanos días; tú me recuerdas á mi buen padre y á mi santa madre, toda mi dicha y mi felicidad que no ha de volver. ¡Pobre y querido cuaderno! El perfume de tus páginas, la alegría que brota de tus descuidados trazos, me hace mal. Sin embargo, ya jamás me separaré de ti. ¿Cómo dejarte, si eres rayo de luz de mi pasado que iluminas mi incierto y oscuro porvenir?

BENJAMÍN

LOS PERIODICOS

No es mi objeto defender los periódicos ni mostrar sus excelencias: me limito tan sólo á relatar su historia, dejando al lector el tenerlos como amigos ó adversarios.

En los primitivos tiempos, en que eran pocos los hombres que sabían leer y escribir, hubo costumbres que sustituyeron imperfectamente al periódico.

Los autores clásicos nos hablan de las reuniones públicas de la gente en pórticos, plazas, gimnasios, etc., donde hacían lo que puede llamarse *Crónica del día*. Estas reuniones carecían de importancia, pues se trataba de asuntos puramente locales, quedando por saber lo de fuera de la localidad, que es, en realidad, lo que constituye el periódico.

Tácito nos habla de unos documentos históricos llamados *Acta Pública*, donde se redactaba lo puramente oficial. Además había otros llamados *Acta Diurna*, que eran unas verdaderas gacetillas locales. Unas y otras se fijaban en los sitios concurridos para que fuesen leídos por todo el mundo. Estas *Actas* son como la semilla del periódico.

En la edad media desaparecen las *Actas* y queda suspendido el periódico.

En la república de Venecia, cuando sus buques recorrían los puertos más

importantes del mundo entonces conocido, cuando se encontraba en su mayor grado de prosperidad, tiene lugar el verdadero natalicio del periódico. Acudían los ciudadanos, á la llegada de las embarcaciones, á enterarse de las nuevas que éstas eran portadoras, los sucesos acaecidos en los puertos de donde éstas venían, los fenómenos observados en el camino, los descubrimien-



El perro envidioso

tos, guerras, paces, etc. Mas como todas estas cosas eran difíciles de explicar á mucha gente, se escribieron unos papeles, cuya lectura costaba una *gaceta*, moneda equivalente á tres cuartos.

Aunque muy numerosos los gacetilleros, no daban el número de gacetas que eran menester; pero la invención de la imprenta viene á resolver el problema, haciendo que de uno se hagan miles de ejemplares. De Venecia pasaron las gacetas á Génova y toda Europa, y en particular Holanda, donde se llamaron también *Correos*.

Ayuntamiento de Madrid

Una vez esparcidas las gacetas por todo el mundo, hablaremos de cada nación en particular.

Francia vió, en 1609, el anuncio de una gaceta que había de publicarse en verso; pero no pasó de anuncio. En 1632 salió la primera *Gaceta* de Renandot, con licencia de Luis XIII, á quien fué dedicada. Faltándole tan digna protección, fué Renandot hasta acusado de hechicero, muriendo muy pobre en 1653. Durante el gobierno absolutista los periódicos languidecieron mucho; pero en 1789 las agitaciones políticas les hicieron multiplicarse mucho, siendo muchos célebres por su osadía y violencia, propias del tiempo en que vivieron, como *La Crónica Escandalosa*, *El Amigo del Pueblo*, *El Arelino Francés*, *El Padre Duchesne*, etc.

Inglaterra dió á sus gacetas el nombre de *Papeles Nuevos*, que, por cierto, no eran políticos. Nedhan escribió su *Mercurius Britannicus* en tiempo de los Estuardos. Irlanda y Escocia tuvieron también sus papeles nuevos, y en la actualidad el Reino Unido cuenta con no escaso número de periódicos.

Alemania en el siglo xvi tuvo ya sus gacetas (*Zeytungen*). Antes tuvo sus *Relaciones*, *Correos* y *Almanaques*. En Francfort, Lauterbach y Brachfel fundaron en el año 1590 sus *Relaciones Secuestrales*, escritas en latín y alemán. Van Iselt escribió el *Mercurius-Gallo Bellicus*, y más tarde salió el *Aviso*, y no pocos con que cuenta en la actualidad.

En Austria el más antiguo fué la *Gaceta de Viena*, á la que siguió (1812) *El Observador y Austriaco*, teniendo después hasta 1,016 periódicos escritos en diferentes idiomas.

ALFONSO DE AZCÁRRAGA

(Se concluirá)

NUESTROS GRABADOS

EL PROFESOR

Buen tipo, inteligente y bondadoso. Nada más difícil que saberse imponer y hacerse amar, como, indudablemente, sabe hacerlo ese señor.

LA NIÑA Y LA ABEJA

Una rapaza, cuya diversión favorita consistía en cazar mariposas para es-trujarlas en seguida, vió un día un lindo insecto doradito posado en el cáliz de una flor. Va para cogerlo... y ¡no tuvo mala caza! Era una abeja, que le clavó un aguijón de padre y señor mío.

—¿Te duele?—exclamó la pícara.—Pues más daño les haces tú á las ma-riposas. Quien tal hace, que tal pague.

LA ARAÑA Y LA GOTA

Dícese que cuando Plutón no supo qué calamidades más enviar á la tierra, ocurriósele pensar en las arañas y en la gota, dolorosa enfermedad, para que fuesen estrago de las chozas de los pobres y de los dedos gordos de los ricos.

Ayuntamiento de Madrid

EL NIÑO Y EL PERRO

—¿Por qué estás acariciando siempre al gato y nunca tienes para mí la más ligera muestra de cariño?—decíale un falderillo á un rapazuelo.

—Porque tú tienes unos dientes que me asustan, tan agudos y cortantes, y el gatito tiene unos dientes muy bonitos y que no me asustan.



El ratón en la despensa

—Pues prueba de abrirle la boca y verás lo que te pasa.

Y el niño hizo lo que el falderillo le decía, y el gato le soltó un zarpazo que aun le escuece, por más que el pobre perro se apresuró á lamerle aquella herida.

—Ya ves tú,—le decía después el falderillo;—fía siempre en quien se presenta con franqueza. Yo, con enseñarte los dientes, te advierto que no debes hacerme ningún mal, y puedes estar seguro de que no llevo nada oculto. En cambio no te fíes del que te sonríe, porque cuando menos lo presumas... te araña.

Ayuntamiento de Madrid

DESPEDIDA

Nada triste: un simple paréntesis que pone á prueba los modales corteses de esos niños.

TREMENDA SITUACIÓN

No puede ser más tremenda ni más terrible; pero tranquilizaos: el niño le salvará: tenedlo por seguro; por donde podréis aprender que no hay que desesperar nunca, aun en los trances más difíciles.

EL PERRO ENVIDIOSO

Eran dos perros: el uno, perdiguero, llamado *Criticón*; el otro, de aguas: su nombre, *Blanquito*. Murióse *Blanquito*, de puro fastidiado por la envidia del *Criticón*, y su amo mandó enterrarle en el zaguán de su palacio, levantándole al propio tiempo su estatua. Nada de todo esto sabía *Criticón*, desterrado hacía tiempo, y de ahí que, al volver á casa y ver á *Blanquito*, lanzóse furioso contra él y se rompe la cabeza del topetón tremendo. Justo castigo á su perversidad.

EL RATÓN EN LA DESPENSA

Trátase de un imprudente ratoncillo que, desoyendo los ratoniles consejos de su madre, se aventuró á penetrar en una despensa custodiada por un gato, pagando con la vida sus anarquistas intentos.

TEMPESTAD VECINA

Un paisaje con figuras, magníficamente trazadas; un cielo verdaderamente tempestuoso; actitudes llenas de verdad, hasta parecer que esas mujeres se están moviendo. En suma, un cuadro no poco notable y recomendable.

CUENTOS RUSOS

EL ESPÍRITU DEL BOSQUE

LA hija de cierto sacerdote fué á pasear al bosque un día sin pedir permiso á sus padres, y desapareció, trascurriendo después tres años sin averiguarse su paradero. En el pueblo donde habitaban los padres de la desaparecida vivía también un intrépido cazador, que diariamente exploraba las espesuras del bosque con su perro y la escopeta al hombro. Un día, al atravesar la selva, su lebel se puso á ladrar de repente, dando muestras de terror. El cazador miró por todas partes y asombróse no poco al ver en un sendero



Tempestad vecina

un hombre que, sentado en un leño, ocupábase en trenzar cáñamo, con la particularidad de que tenía fija la vista en la luna y murmuraba con acento amenazador:

—¡Luce, luce, oh brillante luna!

El cazador no volvía en sí de su asombro, preguntándose cómo aquel hom-

Ayuntamiento de Madrid

bre, aun joven, tenía todo el cabello blanco, y por qué hablaría solo, cual si hubiese perdido el juicio.

Inútilmente trataba el cazador de interpretar el sentido de las palabras; pero el otro, como si adivinase su pensamiento, añadió:

—Si tengo la cabeza blanca es porque soy abuelo del diablo.

El cazador, sospechando al oír esto que tenía ante sí á un *espíritu del bosque*, apuntóle con su escopeta é hizo fuego. El *espíritu* profirió algunas quejas y pareció que iba á caer; pero un momento después arrastróse lejos de allí y desapareció en la espesura. El perro le corrió á los alcances, precediendo al cazador, y ambos le siguieron hasta llegar á una colina, en la cual veíase una ancha grieta, de la que surgía una choza. El cazador penetró dentro, y allí vió en un banco al *espíritu del bosque*, ya rígido por la muerte, y á su lado una mujer que lloraba amargamente, murmurando:

—¿Quién me dará ahora de comer y beber?

—Consolaos, hermosa joven,—repuso el cazador;—pero decidme ante todo de dónde venís y de quién sois hija.

—¡Ah, generoso mancebo! No sé quién soy ni he conocido nunca á mis padres.

—Pues bien: preparaos y yo os conduciré á la Santa Rusia.

Poco tiempo después el cazador salió del bosque con la joven, habiendo tenido antes cuidado de hacer una señal en todos los árboles por delante de los cuales pasaba. Ahora bien: la joven había sido robada por el *espíritu del bosque*, que la retuvo en su choza durante tres años. Sus ropas estaban convertidas en un montón de harapos, de modo que había quedado casi desnuda, y, sin embargo, no parecía avergonzarse de ello. Cuando llegaron al pueblo, el cazador preguntó á todos si había alguien que hubiese perdido una hija; y como se presentase el sacerdote, gritó al punto:

—¡Esa es!

Poco después llegó su esposa, exclamando:

—¡Oh querida hija mía! ¿Dónde has estado tanto tiempo? Ya no tenía esperanza de volver á verte.

Pero la joven miró con asombro al sacerdote y á su esposa, como si no comprendiese nada, si bien poco tiempo después pareció volver en sí lentamente. Los padres se la dieron al cazador por esposa, haciéndole, además, varios regalos, y después fueron en busca del lugar donde había vivido con el *espíritu del bosque*; pero, por mucho que buscaron, ya no se encontró la choza en parte alguna.